

-¿Cómo estás?

-Bien.

Siempre respondo eso y es lo que siento cuando me lo preguntan.

Pero si yo lo pregunto y me responden que mal, entonces siento un poco de enfado. Pero enseguida se me pasa porque entiendo que un dolor de garganta es molesto para quien no sabe, y que no lo sepa nunca, lo que es el dolor que produce, emocional y físico, el quedarse atrapada en un jersey o pegada al suelo sin tener fuerzas para levantar un pie que tome la iniciativa de marcha, que al principio será a pasitos pequeños, para después aparentar que caminan normales.

Pero me río, y lo hago de verdad, porque me miro al espejo y es cómico verme con la barriga fuera y los brazos alzados intentando desenrollar el jersey o agarrada a la pared diciéndole, sujeta que voy a levantar no sé que pie. Y pienso, si estoy hablándole a la pared. Y me río.

Voy a tener que ir al médico, porque esto parece parkinson – Esto provoca risas en los que están a mi alrededor y sólo esas risas valen tanto que repito eso cada vez que veo una cara con inicio de compasión. Eso no me lo permito ni a mí, como para permitírselo a los demás por mí. ¡Que no!, si yo estoy bien. Y si ahora no puedo pelar esa manzana, que como un mito, me tienta, y que está en mi jardín de edén, me la como cuando mis manos decidan moverse sin obligarlas. Y si para entonces ya no me tienta pues la dejo colgada. No quiero decir más para que esto no parezca una queja. Si pido ayuda será porque a la gente nos gusta comprender y si no puedo se la pido a la pared, que por cierto tengo que hacerle un regalo para que no se ensucie, y para que esté bonita. Le voy a comprar una barra pasa manos y le pintaré flores para que parezca un collar. Se ha confirmado; tengo Parkinson.

Rosa Rovira.